

LA CONCEPCIÓN DEL MAL

EN EL MITO DE LA CAÍDA DEL EDÉN

Tahi Guzmán de León

5° Semestre
Licenciatura en Filosofía
Universidad Autónoma de Aguascalientes

Introducción

En el Antiguo Testamento, el mal está protagonizado por la serpiente que corrompe a los primeros hombres y los incita a probar del árbol de la ciencia. Gracias al libre albedrío que Dios ha otorgado a los hombres es que éstos pueden elegir obrar en contra de su mandato divino. Lo interesante es, por un lado, el papel que juega la serpiente como la tentadora y corruptora de la mente y de la voluntad de Eva y, por el otro, cómo la curiosidad y la inocencia llevan a la perdición del estado paradisiaco a los padres de la raza humana. En el presente trabajo nos enfocaremos en mostrar cuáles son las repercusiones que ha tenido hasta nuestros días en la tradición occidental este mito y cómo el mal se sigue imputando principalmente a fuerzas extrañas y externas a la propia consciencia. Es decir, cómo es que el hombre objetiviza el mal ya que no posee el valor necesario para aceptarlo como inmanente a su propia naturaleza. ¿Qué es el mal para la tradición judeocristiana? ¿Cómo ha ido

evolucionando esta concepción del mal pasando de un concepto meramente formal y metafísico a una idea de un ser concreto? ¿Qué papel juega la mujer en una religión que le imputa la responsabilidad de haber condenado a toda la especie en un acto del pasado? Se darán algunas posibles respuestas a estas interrogantes que espero logren clarificar un poco más estas cuestiones para aquellos a quienes les interese reflexionar acerca de la objetivación del mal por el miedo a la libertad y del mito creado para la supresión de los hombres, el cual alienta la cobardía del ser humano que por naturaleza es un ser libre.

El paraíso perdido

En el libro sagrado para la tradición judeo-cristiana, en la segunda parte del Génesis, se expone el mito del Edén en donde el hombre fue creado a imagen y semejanza de Dios y le fue soplado el hálito de vida;¹ Dios creó un huerto en el Edén otorgándosele al hombre para que viviera en él, hizo crecer una suculenta variedad de frutas de los árboles para que se alimentase de ellos, y en el centro plantó un árbol, el de la ciencia del bien y del mal con una única restricción: que no comiera de él, ya que de hacerlo, moriría. Como el hombre estaba solo, Dios creó a todas las bestias del campo y a todas las aves; por último,

encomendó a Adán la tarea de ponerles nombre;² a todo lo que nombró Adán ése fue su nombre.³

Se puede observar claramente que Dios creó un ambiente idóneo para los hombres, un lugar, tal vez, para divertirse con sus creaciones y otro desde donde poder observar cómo su creación se desarrollaba en la vida. Es muy interesante que al momento de crear el árbol de la vida y el de la ciencia del bien y del mal, Dios parece que incita al hombre en lugar de prohibirle que no coma de esos dos árboles. Desde este punto de vista pareciera mostrarse un atisbo de un destino prescrito para el hombre, ya que de no habersele prohibido y señalado de cuáles árboles no podría éste comer, pudiera ser que, en efecto, Adán nunca hubiese llegado a encontrar esos dos signos de prohibición. Esto se relaciona con la libertad, ya que sólo es sensato prohibirle algo a un ser cuyas acciones recaen enteramente sobre su propia responsabilidad, es decir, que Dios prohibió a los hombres no comer de esos frutos debido a que Él los hizo seres con *libero arbitrio*; sobre este tema profundizaremos más adelante.

Después de observar que el hombre no se acopló con ninguno de los animales que le había creado para que no estuviera solo,

2 Con este suceso en el cual Adán da nombre a todos los animales comienza la visión antropológica que tanto ha repercutido hasta nuestros días en la cual el hombre es el señor y los animales se encuentran ahí sólo para servirle.

3 Cfr. Génesis 2:8-9 y 16-19.

1 Génesis, 2:7.



el Génesis narra que Dios hizo caer a Adán en un profundo sueño y extrajo de él una costilla de la cual formó a la primera mujer.⁴

Dios hizo entrar a Adán en un sueño profundo y mientras éste dormía tomó una de sus costillas y cerró la carne en su lugar, y de la costilla que Dios tomó del hombre hizo una mujer, y *la trajo al hombre*, dijo entonces Adán: Esto es ahora hueso de mis huesos y carne de mi carne, ésta será llamada Varona ya que del varón fue tomada. Y estaban ambos desnudos, Adán y su mujer y no se avergonzaban.⁵

Se puede observar claramente el inicio del falocentrismo divino⁶ que se ha venido arrastrando hasta nuestros días y resulta muy clara la posición de primacía del hombre sobre la mujer la cual se fragua en este mito. Así pues, Dios (masculino) creó primero al hombre de la tierra y lo hizo a su imagen y semejanza; ulteriormente creó a la mujer formándola a partir de la costilla del hombre, por tanto, la mujer surge como una extensión del hombre, como alguien que le debe su ser y su carne a él, así que éste se enseñorea de ella con

todo derecho. Hasta se podría decir que ella es algo menos perfecto, pues fue hecha a partir del hombre y no modelada por Dios directamente de la tierra; es sólo una costilla del hombre de barro.

Adán por fin encontró en Eva una pareja que le hacía idónea compañía, como no le había sido posible encontrar en ninguna de las bestias que Dios había creado para él. A pesar de la maravilla que resultó esta varona como compañera para Adán, un día sucedió que la mujer escuchó a una serpiente que le preguntó:

¿Conque Dios os ha dicho: No comáis de todo árbol del huerto?, a lo que la mujer le respondió: De los frutos de los árboles del huerto podemos comer; pero del fruto del árbol que está en medio del huerto, dijo Dios: No comeréis de él, ni le tocáis, para que no muráis. Entonces la serpiente dijo a la mujer: No moriréis; sino que sabe Dios que el día que comáis de él serán abiertos vuestros ojos, y seréis como Dios, sabiendo el bien y el mal.

Entonces vio la mujer que el árbol era agradable a los ojos y por tanto, debía de ser bueno; además, con él alcanzaría la sabiduría y sería como Dios, entonces la mujer decidió comer del fruto que era bueno y después de haberlo probado le dio de comer a su marido también.⁷

4 Esta mujer que se menciona en esta parte del Génesis es la primera y única mujer pareja de Adán. En evangelios apócrifos se habla de que anteriormente ya se había formado a otra mujer llamada Lilith que fue creada de la tierra junto con Adán, pero ella lo abandonó y escapó convirtiéndose en una desertora y como castigo Dios la condenó a no poder mirarse el rostro nunca más pues en él se mostraba el rostro de Dios. Véase Caleb Olvera, *Hermenéutica Analógica y literatura*, Primero Editores, México, 2005, p. 229.

5 Génesis, cap. 2:21-25.

6 Caleb Olvera, *Op. cit.* p. 27-49.

7 John Milton hace una obra literaria de gran clase con este mito del Edén, que aunque no es de carácter histórico, sí nos da una idea un poco más clara de cómo se pueden interpretar estos pasajes del Génesis. Véase John Milton, *El Paraíso Perdido*, Diana, México, 1953, p. 376.

El libero arbitrio del hombre en el Edén

Es importante hablar de libertad en un ensayo acerca del mal ya que la historia del pecado original se trata del riesgo de la libertad y el mal es el drama de la libertad;⁸ así que para comenzar este análisis de la libertad de los primeros hombres en el Edén se intentará responder a las dos siguientes interrogantes, a saber, ¿el hombre en el Edén es libre?, y si lo es ¿por qué el mal es el drama de la libertad? Para contestar a la primera cuestión tendré que delimitar el concepto y lo haré en dos tipos de libertad para así no exceder los límites del alcance de este trabajo: libertad física y libertad moral.

La libertad física la definiríamos siguiendo los pasos de Schopenhauer como una ausencia de impedimentos materiales,⁹ es decir, que alguien puede saberse libre cuando no se encuentra atado de manos y piernas, por ejemplo, o cuando no se halla encerrado en algún sitio del que no pueda salir; este tipo de libertad se da en el mundo material y sólo es posible que se diga en sentido afirmativo si la persona que es libre puede actuar físicamente de acuerdo con lo que su propia naturaleza le permite, esto es, que no porque un ser humano no pueda volar se sigue que no es libre, ya

que el poder volar no es parte de su naturaleza, sino que es libre en la medida en que pueda hacer pleno uso de sus facultades naturales sin ningún impedimento físico, es decir, realizar actividades como desplazarse de un lugar a otro, correr, saltar o, incluso, hablar u opinar.

El segundo tipo de libertad no entra en contradicción con el primero sino que lo complementa, ya que la libertad moral versa en que el hombre puede decidir sobre sus acciones, es decir, que en éstas se entiende por completo la libertad como ausencia de toda necesidad o determinación causal de la voluntad. Para afianzar esta definición de libertad moral entendida en el ser humano como *libero arbitrio* me apegaré a lo que nos dice San Agustín en su tratado del mismo nombre,¹⁰ éste nos habla acerca de la libertad de elección del hombre o lo que aquí denominamos libertad moral, como la capacidad que tiene el hombre de elegir conforme a su propia voluntad cómo actuar en el mundo, es decir, que desde que Dios creó a Adán y a Eva los creó libres ya que ellos pudieron decidir obrar conforme a Su voluntad o a la de ellos.

Así que, respondiendo a la primera interrogante, podemos contestar afirmativamente debido a que si el hombre no hubiese sido creado libre, en efecto, nunca hubiera sido capaz de desobedecer el

8 Véase, Rüdiger Safranski, *El mal o el drama de la libertad*, Tustquets, Barcelona, 2000.

9 Schopenhauer, *Los dos problemas fundamentales de la ética*, España, 1993, p. 299.

10 Véase Fernández Clemente, *Los Filósofos medievales II, San Agustín (De Libero Arbitrio)*, BAC, Madrid, 1979.



mandato divino. Una vez resuelto esto, es menester responder a la segunda pregunta antes planteada, la de ¿por qué el mal es el drama de la libertad? A lo que Rüdiger Safranski nos dice que es porque debido a que somos capaces de elegir, los seres humanos podemos escoger el mal en lugar del bien. El autor concuerda con la teoría de San Agustín y asimismo con la de Kant,¹¹ la cual versa afirmativamente con respecto a la libertad del hombre, pues es gracias a ella que nos es posible imputar delitos a los que los cometen. Kant supone la libertad del hombre para que no decaiga su ánimo y para que sea éste capaz de hacer de la ley universal el fundamento determinante de su voluntad independiente de cualquier fundamento empírico. En esto último difiere la tesis de Kant de la de San Agustín pues éste último no supone la libertad sólo como un recurso práctico, sino que la entiende como un hecho *a posteriori*. Por tanto, nosotros concordaremos con la tesis de que el hombre es libre y por ello mismo puede elegir obrar de acuerdo con Dios (San Agustín) o hacer de la ley el fundamento determinante de su voluntad (Kant), o actuar en oposición a ella o a Él.

Es así que debido a que el hombre es libre, éste tiene que hacerse responsable de sus acciones, y el hombre en el Edén sin duda lo era. O ¿debemos decir que la única responsable era la mujer del Edén? Ahondaremos en esta pregunta más adelante.

El origen del conocimiento

Entonces fueron abiertos los ojos de ambos, y conocieron que estaban desnudos; entonces cosieron hojas de higuera y se hicieron delantales. Y oyeron la voz de Dios que se paseaba en el huerto al aire del día; y el hombre y su mujer se escondieron de la presencia de Dios entre los árboles del huerto. Más Dios llamó al hombre, y le dijo: ¿Dónde estás tú?, y él respondió: Oí tu voz en el huerto, y tuve miedo, porque estaba desnudo, y me escondí. Y Dios le dijo: ¿Quién te enseñó que estabas desnudo? ¿Has comido del árbol de que yo te mandé no comieses?¹²

Al comer del árbol de la ciencia del bien y del mal el hombre se torna igual a Dios, se dota de razón y de capacidad para ver más allá de lo que ven las simples bestias, adquiere raciocinio y capacidad para juicio, deja de ser un ser meramente perceptivo y comienza a juzgar todo aquello que ve, por eso cuando Adán y Eva se dan cuenta de su desnudez se avergüenzan, porque saben que eso está “mal”, aunque este juicio que se observa en el mito nos refleja un poco de esa moral de enfermos de la tradición judeocristiana, de esos animales enfermizos tal como los llama Nietzsche.¹³

El hombre ha adquirido, pues, conciencia de sí y de su entorno. Esta capacidad de percibirse y de escindirse de lo natural es propia de ese haber pecado, ya que de

¹¹ Véase Kant, *La religión dentro de los límites de la mera razón*, Alianza, Madrid, 2009, p. 41.

¹² Génesis, 3:7-11.

¹³ Véase Nietzsche, *La genealogía de la moral*, Alianza, 3ª Edición, Madrid, 2011.

no haber desobedecido el mandato divino, ellos (Adán y Eva) hubiesen seguido bajo la tutela de la naturaleza, de Dios, tal como los animales no pueden diferenciar entre el bien y el mal. Para ellos no existen tales disposiciones internas de modo que son seres amorales que se pasean desnudos y se aparean en público sin ningún pudor, porque el pudor y el “miedo” que sintió Adán al escuchar la voz de Dios surge por la desobediencia, por haber pecado, por haber caído del estado natural y por haber actuado de acuerdo a su propia volición.

El origen del conocimiento se da gracias a la libertad al igual que el mal, los dos surgen a partir de la corrupción de su estado primitivo en el cual el hombre era amoral, pues seguía la voluntad de Dios, y así mismo era bueno, ya que todo lo que crea Dios es bueno y el mal, en cambio, “sea lo que fuere en particular, ha entrado en el mundo por mediación del hombre”.¹⁴

El hombre se ha separado del estado paradisiaco gracias a la libertad. Éste comienza a sufrir al darse cuenta que ha pecado, que ha desobedecido y que le espera un destino fatal, un castigo sin precedentes que lo llevará a pagar el costo más alto que jamás pudiera imaginar; esto lo sabe ahora, pues ahora conoce lo que es bueno y lo que es malo, y a él, que ha obrado mal, le toca recibir lo malo: sin duda deberá sufrir la justicia divina; pero el hombre no fue

el que comió primero del fruto prohibido, sino que fue la mujer y ella fue la que lo instó a desobedecer, ella fue la culpable de aquél conocimiento que le punza en la conciencia.

La mujer culpable

“Y el hombre respondió: La mujer que me diste por compañera me dio del árbol, y yo comí”.¹⁵ Ésa es la respuesta de Adán al cuestionamiento divino por la explicación de sus actos perversos; Adán no encuentra más salida que la de imputar a Eva por la falta cometida y así ella queda inculpada por aquél acto en contra de la buena voluntad de Dios. Aparentemente la falta no fue cometida por el hombre sino por la mujer que cedió ante la tentación de conocer lo desconocido y de saborear las delicias de la libertad, ya que sólo así se confirma la libertad, utilizando el *libero arbitrio* para satisfacer la propia voluntad.

El mal surge por la debilidad de la mujer que cedió ante la tentación, ese mal encuentra cabida por la labilidad –nos dice Ricoeur–, ya que “la labilidad no es más que la posibilidad del mal”,¹⁶ es decir, que la bilidad denota la debilidad constitucional del hombre donde la mujer juega un papel de mayor debilidad que el hombre. El hombre no queda exento de esa labilidad

¹⁵ Génesis, 3:12

¹⁶ Paul Ricoeur, *Finitud y culpabilidad*, Taurus, Madrid, 1986, p. 158.



pues él también cedió ante las palabras de su compañera, sin embargo, la primera que sucumbió por constituirse más débilmente que el hombre, a saber, por poseer menor fuerza de voluntad que el hombre a permanecer fiel al mandato de Dios, fue la mujer. Ya que siempre se trasluce lo originario a la luz de lo degenerado,¹⁷ el síntoma de la labilidad del hombre se manifiesta en el pecado, en la caída de la inocencia, es la inocencia que se desdeña en aras de la libertad.

La confesión de la libertad del hombre es la idea que vincula el mal con el ser humano, ya que sólo si se comprende el mal dentro de los límites de una acción deliberada se puede entender el mal desde la perspectiva más natural, el hombre es, según Ricoeur, el autor del mal, por su constitución débil y por su ansia de saber, ya que todos los hombres desean por naturaleza saber.¹⁸

Sólo se puede entender la maldad partiendo de su contraparte, la bondad; y en el mito se ejemplifica esta inocencia que fenece gracias a la debilidad; la inocencia cedió al mal en los padres de la raza humana y principalmente en la más inocente de ambos, en la beldad Eva, ese movimiento de la debilidad que cede simboliza el mito bíblico en la figura de Eva”.¹⁹

El papel de la mujer después del mito de la caída

La religión patriarcal coloca a la mujer occidental en una situación de desventaja aparentemente natural, ya que Dios dijo a la mujer: “Multiplicaré en gran manera los dolores de tus preñeces; con dolor darás a luz a los hijos; y tu deseo será para tu marido, y él se enseñoreará de ti”.²⁰ Así, inmediatamente, la mujer se ve obligada a pagar el precio por haber pecado.

El hombre que, además de haber sido creado antes, de ser la condición de posibilidad y su deseo la causa de la existencia de ella, ahora se encuentra, un vez más, dentro del mito de la creación en un nivel de superioridad sobre la mujer pecadora.

Se ha transformado en su señor y ella ha caído al puesto de productora de hijos en eterno pago penitenciario por su falta que llevó a la ruina a toda la humanidad por los siglos de los siglos. El llevar al lomo de la conciencia esta pesada carga de culpa, provoca que la mujer no sea considerada como un ser a la par del hombre, ya que no fueron creados iguales, pues la constitución de ella es más débil y el hombre por designio divino se levanta en el peldaño desde el cual puede disponer de la mujer como a él le plazca. Ella ya no tiene derecho a elegir puesto ya que sus

¹⁷ *Ibidem*, p. 160.

¹⁸ Vid. Aristóteles, *Metafísica*, 980^a, Gredos, Segunda Edición, Madrid, 1990

¹⁹ Paul Ricoeur, *Op. cit.* p. 162.

²⁰ Génesis, 3:16.



acciones demostraron ser en grado sumo erróneas y perjudiciales, ella ya no debe elegir por ella misma, pues para eso se encuentra tirando de los hilos de su voluntad el hombre, su señor; ella sólo debe soportar su pena.

Esta historia mítica colocó la balanza a favor de los hombres y les dio el derecho divino de relacionar a la mujer con el mal, con ese algo que surge a partir de su decisión; la mujer trajo el mal al mundo y ella debe de pagar con su propia vida; eso nos lo demuestra la historia con los oscuros capítulos de la caza de brujas, que no eran más que mujeres a las cuales se les imputaba el pacto con ese mal que entra por la puerta de la libertad.

Sin embargo, la mujer tiene algo que decir, su papel en esta historia no ha terminado, ella tiene unas últimas palabras para menguar un poco la furia del látigo divino. Eva responde a Dios que ella no fue la responsable de haber traído ese mal al mundo, sino que ese mal ya existía y ella fue corrompida por aquél. En su defensa, dijo la mujer: La serpiente me engañó y comí.²¹

Aunque la mujer haya sido en primera instancia la culpable de la pérdida de la inocencia ya que, según el mito, labilidad es lo que permite entrar el mal en el mundo, y aunque por ello se le haya degradado a lo largo de la historia, parece que ella no fue la única culpable que llevó a la raza

humana a la ruina, sino que fue algo más lo que la hizo ceder, fue la serpiente, la culpa ahora está repartida.

La objetivación del mal

Parece que la flecha apunta hacia una nueva dirección, hacia una de carácter demoníaco, una entidad que hizo que el hombre pecara, esta concepción del mal ya no es producto del libre albedrío de los hombres, sino de algo ajeno a su voluntad, el mal ha tomado forma de serpiente que incita a los hombres a ir en contra de lo bueno, en contra de Dios. Así que ahora analizaremos este concepto del mal como entidad, como maligno y como una objetivación de aquello que hace que los hombres actúen en contra de lo que es bueno.

El mal se entiende en un primer momento como lo opuesto, como lo que no es bien, es decir, algo en oposición a este mismo concepto. De hecho, resulta muy interesante cómo el mismo concepto que se le da hoy en día a esta entidad demoníaca y pervertidora de las almas buenas, sea el de Satanás ya que en sus orígenes hebreos se encuentra la definición del verbo *satan* que significa: impugnar, retar, perseguir.²² En el Antiguo Testamento se hace referencia a este verbo, pues la serpiente reta al mandato divino. Satán es el retador, el opositor de Dios, el *mal'ak Yahwe*

21 *Ibidem.* v. 13.

22 Cfr. C.G. Jung, *Simbología del espíritu*, FCE, p. 128.



rebelde,²³ aunque no se puede afirmar que la serpiente del Antiguo Testamento sea Satanás, pues en ningún momento en el mito del Edén se nos dice que la serpiente es, en efecto, Satanás, tal como el mismo Jung nos lo demuestra. Empero, es verdad que pudiera haber cierta similitud y que no fuera mera coincidencia que fuera una serpiente la que tentara a Eva, ya que *shaitan* es también el nombre de una serpiente según una palabra etíope tomada del hebreo y, además, la serpiente en todo el Antiguo Testamento tiene una naturaleza demoniaca;²⁴ incluso en el Apocalipsis 12:9 y en el 20:2 se menciona la relación entre la figura de la serpiente y el Diablo. A esto se puede aunar la interpretación que hace Francisco Fe Álvarez que nos habla de que cuando la religión del Dios único y verdadero se estaba imponiendo quedaron en las primeras épocas vestigios de algunos demonios antiguos. El nombre de algunos de esos demonios era los “serafim”, o serpientes demonios, entre los cuales probablemente se encontraba la que tentó a Eva según el relato del Génesis”.²⁵ Así pues, no resulta tan aventurado decir que es posible que la

serpiente en el mito fuera este ser demoniaco que hoy conocemos como Satanás. Por otra parte, la figura de Satanás que fue en sus inicios Luzbel era el enviado de Dios y se dice que él era el que ejecutaba las acciones negativas de Yahwe, quien hacía valer la justicia de Dios, y se puede pensar que la serpiente que tentó a Eva era el mal’ak Yahwe que sólo obedecía los mandatos divinos.²⁶ Estos mandatos divinos surgieron debido a que Dios quería que el hombre se apartara de su vida infecunda e ignorante para que lograra tener conciencia de su propia inteligencia y así pudiera romper las falsas cadenas con las que Dios lo tenía sujeto en el Edén.²⁷

Así que, partiendo de lo anterior y de todas las similitudes de la palabra serpiente con el Diablo, me aventuraré a dar una posible interpretación: la serpiente del Génesis era, en efecto, Satanás.

La palabra Satán es utilizada en muchos pasajes de la Biblia como enemigo, nos dice Jung, ya que se menciona como opositor del deber con Dios y es entonces que se comienza a utilizar la palabra Satán como un adversario o entidad metafísica, algo contra lo que se está luchando, pero que no es de ninguna manera un ser concreto. La objetivación del mal se ha fraguado con ayuda del vocablo “*shaitan*”, y se le ha dado forma de serpiente y demonio, el cual se opone al correcto andar y

23 Se dice que en un principio Satanás fue el mal’ak Yahwe o “el enviado de Dios” y por ello adquirió tanta arrogancia hasta el punto que se creyó mejor que Dios mismo y se rebeló contra él corrompiendo a un tercio de los ángeles del cielo, lo que después lo llevó a ser desterrado y pasó a ser Satanás. Vid. C.G. Jung, *Op. cit.*

24 *Ibidem.* p. 133.

25 Francisco Fe Álvarez, *Satán ¿Pobre diablo o Dios destronado?*, EDAMEX, México, 1992, p. 38.

26 Cfr. Francisco Fe Álvarez, *Op. cit.*, p. 46.

27 Vid. Francisco Fe Álvarez, *Op. cit.*

por supuesto a los designios divinos. No es un mal interno proveniente de Adán o Eva en el mito del Antiguo Testamento lo que hizo que éstos pecaran, sino que es un “maligno” demoniaco y vil que se opone al bien y que sedujo a Eva y la condujo a su ruina.

El mal, para el Antiguo Testamento y para la tradición judeocristiana, ha tomado muchas formas.²⁸ Es una construcción cultural que tiene sus orígenes más cercanos en el Antiguo Testamento, pero que se ha ido configurando como una entidad que es el adversario por excelencia del bien, a saber, de Dios.

Si se toma esta figura como algo cultural, como una construcción metafísica, es decir, como una objetivación de algo que no se puede sino encontrar en los mismos seres en los que se refleja, a saber, que es el síntoma de algo que se crea a partir de las acciones netamente humanas, y tal como nos lo decía Rüdiger Safranski, que el mal no es otra cosa que el drama de la libertad, encontramos, pues, que la figura de Satán no es sino una ruta de escape para no ver algo que es demasiado incómodo de ver, y en resumidas cuentas para no cargar con la responsabilidad que eso conlleva; así, en la confrontación de la teoría de la libertad y del Génesis, donde el mal es algo concreto que tienta a los hombres a actuar en contra de lo que es bueno, se puede decir

que el mal sería, por tanto, producto de nuestras decisiones y no una fuerza que nos insta a hacer las cosas.

El miedo a la libertad

Al ser arrojados al mundo, los seres humanos tenemos por excelencia una cualidad que nos distingue de todas las formas de vida existentes, una cualidad que nos hace ser lo que somos y no otra cosa distinta: la razón. Esa razón conlleva una responsabilidad, pues al ser seres autónomos poseemos algo a lo cual denominamos libertad, entendida en la segunda acepción que mencionábamos antes, es decir, como libertad moral. Esa libertad nos permite actuar de la manera en que nuestra propia voluntad nos lo determine. En el mito de la caída se muestra muy clara la libertad de los hombres, ya que éstos eligieron desobedecer, empero, parece que ellos no se enorgullecen de esto, sino que se arrepienten, lo desdennan, y no se quieren responsabilizar por sus actos, pues la libertad es una pesada carga que no cualquiera tiene el valor de abrazar.

Así pues, observamos el miedo a esta libertad que como regalo les fue dada, sin embargo, en vez de aceptarla como propia y como su signo más distintivo de lo humano, le temen y la sacuden de las manos como unos niños a los cuales el padre los estuviese regañando por haber cometido una fechoría; Adán inculpa a Eva y Eva a la serpiente; sólo faltaría para comple-

²⁸ Véase Robert Muchembled, *Historia del Diablo*, FCE, 2ª edición, México D.F., 2011, pp. 360.



tar este teatro que la serpiente le echara la culpa a Dios... Pudiera ser.

Para sentir esta culpa hace falta una moral que va contra natura, ya que como nos lo dice Nietzsche, el estado natural del hombre es el buscar el *pathos* de la distancia,²⁹ así que este mito surge de una moral en decadencia, de un nihilismo por la impotencia de hacer la propia voluntad, lo cual se refleja en este mito en los padres de la raza humana que no poseen el valor de abrazar la libertad y afrontar las consecuencias de sus propios actos. ¿Qué se puede esperar entonces de la descendencia de estos padres? Nada más, nos diría Nietzsche, que una raza de seres enfermos, de corderos temerosos de su libertad y de la afirmación de su voluntad por las consecuencias que esto pudiera ocasionar.

Al tener tanto miedo de lo que se pudiera llamar una acción por propia voluntad, los seres enfermos la denominan mala, pues aparentemente les perjudica por su débil constitución la consecuencia de ese instante de afirmación de la voluntad y de la misma dignidad del hombre, nos diría Kant,³⁰ y a esa denominación de mal que se le dio a las consecuencias de las acciones se le repudia en el interior de la conciencia y se le objetiva externamente como una entidad a la cual va a ser posible responsabilizar por los propios actos, a esa

objetivación del mal los cristianos la han llamado Satanás, que en un principio no era sino un término de carácter metafísico que terminó convirtiéndose en las conciencias degeneradas en algo más concreto, aparentemente, algo que hasta se podía ver si se le ponía atención.³¹

El miedo de aceptar la propia naturaleza y, de apostar por lo que uno mismo quiere, y de avanzar en aras de la propia voluntad en busca del sentimiento de superioridad que nos es propio cuando se llega a la cima de una alta montaña, cuando se conquistan los sueños, a saber, del *pathos de la distancia*, es producto de una moral decadente, de la transvaloración de los valores, tal como nos lo dice Nietzsche; es entonces cuando se busca una excusa para no afirmarse en el mundo, es por el miedo a lo grande que se deslinda a uno mismo de responsabilidades y se objetiva el mal que pudiera haber dentro de una imagen metafísica que poco a poco va concretándose más en la conciencia. A esa objetivación se le puso nombre, se ha asentado en la cultura y resuena en los corazones cobardes de todos los corderos, se llama Satanás y es el demonio perfecto para atribuirle la culpa.

Conclusión

La objetivación del mal en el mito de la caída surge por la falta de valor de aceptar

29 Vid. Nietzsche, *Op. cit.* Tratado primero.

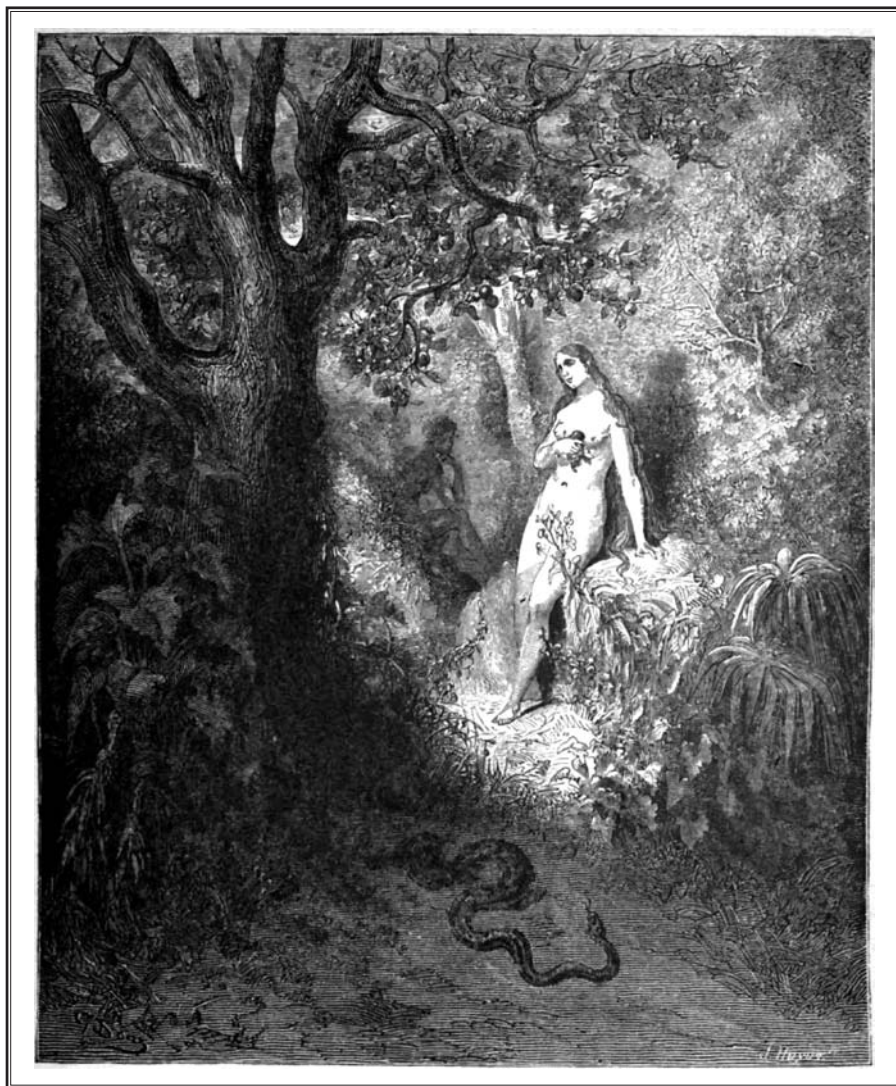
30 Vid. Kant, *Filosofía de la historia*, FCE, Segunda Edición, México, 1994, pp. 147.

31 Vid. Robert Muchembled, *Op. cit.*



la libertad. Se ha echado la culpa a algo externo a la propia conciencia y a la propia persona, sólo para no ser castigados por un Padre que desde un principio parece que quiso que pecaran. Así pues, se saca ese mal que no se puede tolerar y se observa en una entidad ajena a uno mismo y a Dios, ya que Dios no puede ser ese algo que me hizo pecar, pues Él es bueno y de ninguna manera sabía que esto iba a pasar, pues no lo hubiera permitido. Así que la causa

del mal no está en uno mismo, sino sólo en Satanás, Azazel, Beelcebú, Mefistoles, Mastema, Luzbel, Lucifer, Abaddon, Apollyon, Belial, la serpiente shaitan, el tentador, la bestia demoniaca que incita a los hombres a separarse del camino de la luz que conduce al Dios mismo que les dio la vida, y se los lleva a rastras a las tinieblas. Esto es al menos la explicación que se da cuando no hay valor, cuando hay miedo, miedo a la libertad.



Libro IX. De nuevo a la espesura se escabulló a la serpiente culpable, Gustave Dore, 1667.



"Libro IX. No sólo las lágrimas caían en sus ojos, sino fuertes vientos dentro comenzaron a elevarse", Gustave Doré, 1667.

Bibliografía

- Aristóteles, *Metafísica*, 980ª, Gredos, Segunda Edición, Madrid, 1990.
- Biblia [NC], trad. E. Nacar y A. Colunga, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 1985.
- Caleb Olvera, *Hermenéutica Analógica y literatura*, Primero Editores, México, 2005.
- C.G. Jung, *Simbología del espíritu*, FCE. Fernández Clemente, *Los filósofos medievales II*, San Agustín (De Libero Arbitrio), BAC, Madrid, 1979.
- Francisco Fe Álvarez, “*Satán ¿Pobre diablo o Dios destronado?*”, EDAMEX, México, 1992.
- John Milton, *El Paraíso Perdido*, Diana, México, 1953.
- Kant, *Filosofía de la historia*, FCE, Segunda Edición, México, 1994.
- Kant, *La religión dentro de los límites de la mera razón*, Alianza, Madrid, 2009.
- Nietzsche, *La genealogía de la Moral*, Alianza, 3ª Edición, Madrid, 2011.
- Paul Ricoeur, *Finitud y culpabilidad*, Taurus, Madrid, 1986.
- Rüdiger Safranski, *El mal o el drama de la libertad*, Tustquets, Barcelona, 2000.
- Robert Muchembled, *Historia del diablo*, FCE, 2ª edición, México D.F., 2011.
- Schopenhauer, *Los dos problemas fundamentales de la ética*, España, 1993.